

SAN JUAN DE LA PEÑA.

(ARAGON.)

El origen de San Juan de la Peña se confunde con el del pueblo aragonés, grandioso como un poema bajo un aspecto, bajo el otro interesante y piadoso como una leyenda.

J. M. QUADRADO.

I.

EL ANCIANO DE LOS CABELLOS BLANCOS.



OS rayos del sol poniente alumbran á un puñado de hombres que infatigables trabajan.

Hermoso espectáculo!

Antes que el sol nos abandone sumerjiéndose tras los negros picachos, arrojemos una mirada sobre la escena que se nos ofrece.

Una llanura de no mucha estension es lo primero que se nos presenta á la vista, pero una llanura que no es otra cosa que un claro del bosque. En efecto, á uno y otro lado de ella un oscuro pinar estiendo susurran-tes las crespas cabelleras de sus árboles. Se conoce que algun dia, no hace mucho acaso, el pinar ocupaba todo el claro; se conoce que la mano del hom-

bre ha hecho dos de un solo bosque, como cuenta la fábula que la maza de Hércules dividió en dos un monte.

Y esto se conoce no solo por la calidad del terreno, no solo por la multitud de árboles cortados que se ven en pilas, no solo por la brusca interrupción del bosque, sino por los mismos pinos que se elevan aislados en el claro, pareciéndose á esbeltas y atrevidas columnas escapadas á la total ruina de un templo y que aun sostienen un fragmento de cúpula. Estos pinos que están en línea recta y que se alzan á trechos, indudablemente con estudiado objeto, sostienen, como broches de un cortinaje, vastas tiras de grosero y amarillento lienzo que cae en pliegues hasta el suelo por una parte y que se extiende paralela con la tierra en forma de techo, hasta hallar punto de apoyo en otros pinos simétricamente colocados para el mismo servicio á igual distancia de los primeros.

Bajo esta especie de tienda de campaña se agita un pueblo entero. Varias mugeres que lloran, varios niños que duermen, varios ancianos que meditan ó rezan.

Mas allá, á veinte pasos de distancia, están los hombres que hemos visto trabajar infatigablemente. Unos conducen piedras sobre sus hombros, otros las amontonan en forma de pared; allí unos terminan un torreón, mas acá concluyen otros un lienzo de muralla; á un lado se trazan líneas, al otro se comienza un grupo de almenas, algunos por fin se entretienen con palas y azadones en abrir un ancho foso.

Qué es lo que intentan? Tratan de hacer allí, en medio de aquel yermo, una fortaleza? una ciudad acaso? quiénes son esos hombres?

Esos hombres son casi los únicos que quedan de un pueblo sobre cuyos hogares, terrible, inevitable como el diluvio, ha caído un ejército de moros que parece llevar consigo, cual aliada, la maldición de Dios por los pecados de Witiza y de Rodrigo.

Esos hombres forman un pueblo errante y proscrito, arrojado de su ciudad querida por los corvos alfanjes de Tarif y de Muza que los impelen ante sí como un rebaño y que, al igual de la raza israelita, va á buscar un refugio en las breñas y montañas.

Es lo único que les queda de su patria. Cesaragosta (1) ha caído, y mientras los árabes se arrojan sobre las riquezas allí acumuladas de toda la España oriental, ellos, los restos del pueblo cristiano, van á fundar en el desierto y en

(1) Hoy Zaragoza.

lo alto de una peña una modesta fortaleza donde abrigarse y á la que darán el nombre de Pano.

—Apresurémonos,—dice un jóven de semblante melancólico y de cabello rubio;—la tarde vá á caer y no está terminada todavía la tarea que para hoy nos hemos fijado.

—La tarde va á caer,—contesta otro jóven,—y nuestro padre no ha vuelto.

—Tienes razon, Feliz,—dice el primero. Y añadió clavando en su hermano unos ojos que parecian querer profundizar lo mas recóndito de su corazón.—Te inquieta acaso su tardanza?

—Qué se yo, Oton! Todo me da miedo. Pudiera haber tropezado con alguna partida errante de sarracenos....

—Es cierto!—murmuró Oton.

Y soltando la pala con que trabajaba en el foso junto á su hermano, ciñese el jóven sobre su enmallada cota el cinturón de cuero de que pendia su espada de dos filos, cubre su frente con el morrión de hierro que habia dejado encima unas piedras para estar mas libre en el trabajo, y dispónese á salir de la zanja.

—Dónde vas, Oton? pregunta Feliz.

—Salgo al encuentro de nuestro padre.

—Espera, yo te acompaño.

Dice, y suelta á su vez al azadón que empuña su mano.

En esto, una voz resuena á oídos de los dos jóvenes. Es la de uno de sus compañeros que trabaja á pocos pasos de distancia.

—Ah! ya está aquí el anciano de los cabellos blancos!

Ambos jóvenes se vuelven. El anciano de los cabellos blancos es su padre así llamado entre los proscritos cristianos que se dedican á levantar á Pano.

En efecto, un anciano de figura venerable se adelanta lentamente apoyado en un báculo y seguido de varios hombres con los cuales habia salido por la mañana á cortar robles en la montaña.

Sus dos hijos se precipitan solícitos y le presentan sus brazos en que se apoya el anciano sonriéndoles con gratitud, pero con tristeza.

—Padre,—dice Oton mientras le acompaña á la tienda para allí encontrar descanso,—tu rostro está mas sombrío que de costumbre. Qué tienes, padre?

—La fatiga acaso....

—Oh! no, no, yo estoy acostumbrado á leer en tu semblante los secretos del alma como lee una mujer sus hechizos en una lámina de plata. Tú estás triste, padre!

— Triste! Y bien, me falta acaso motivo? Nos han echado de nuestra ciudad como á un tropel de siervos y, para borrar toda idea de nosotros, hasta han cambiado su nombre llamándola Saracusta. Hijos míos, tiempos bien infelices corremos! En era bien desgraciada hemos venido! Esta misma Pano que hoy edificamos en las entrañas del bosque, oculta entre las peñas y malezas como una guarida de lobos, esta Pano, nuestro último refugio, nuestra única esperanza, quién sabe si existirá mañana? quién sabe si esta misma noche caerá sobre ella un torrente de moros y cuando amanezca el sol habrá ya quedado solitario y olvidado el sitio en que unos pobres proscritos quisieron en su locura elevar una fortaleza!

El anciano al decir esto se enjugó una lágrima con la cabellera que colgaba como un manto sobre sus hombros, y se volvió hácia Pano la cual mostraba sus dos primeras torres bañadas por los postreros rayos de un sol purpúreo que parecía enviarle en aquel beso de la tarde su triste despedida.

— Pano, Pano! — murmuró el anciano, — estás quizá condenada á morir antes de nacer? ese sol que tiñe de color de sangre tus nacientes torreones, es acaso el último sol que te alumbra? Será también tu suelo inhospitalario para los hijos de Cesaragosta? Las torres que sus manos han elevado han de caer sobre sus cadáveres insepultos?.... Pano, Pano, tu existencia está marcada por el dedo del Eterno. Dios quiera que en lugar de un refugio de fugitivos no seas un asilo de muertos!

— No te decia yo; padre! — exclamó con voz melancólicamente dulce el joven Oton; — tus palabras brotan hoy tristes de tus labios. El dolor está en tu alma!

— Dejádme sentar aquí, hijos míos, — dijo el anciano señalando una piedra al pié de uno de los pinos que sostenian la tienda, — desde aquí puedo ver entera á nuestra Pano y quiero contemplarla, quiero acariciarla con mi mirada como la acaricia ahora el sol que parte.

El anciano se sentó en la piedra. Sus hijos permanecieron en pié á su lado. Hubo un largo rato de sepulcral silencio. En el interin el sol fué perezosamente recojiendo su rayos y el crepúsculo con su vagorosa luz derramó un tinte pálido sobre el naciente edificio cual si lo envolviera con un sudario.

— Escucha, Oton, — dijo de pronto el anciano con voz trémula; — escucha tú también, Feliz. Inclinaos hácia mí para que el rumor de mis palabras no llegue á otros oídos que los vuestros.

Oton y Feliz se arrodillaron cada uno al lado de su viejo padre que puso sus manos sobre sus cabezas y las acercó á su pecho con un tierno abrazo. Besóles en la frente á cada uno y en seguida,

— Oid, — les dijo en voz baja. — Esta tarde, cuando nos retirábamos de la montaña concluida nuestra tarea, á tiempo que atravesábamos por delante del pico del Mediodía, esa cumbre de los Pirineos que parece querer agujerear las nubes, un gemido lúgubre, un grito inesplicable de agonía ha zumbado tristemente en mis oídos. He detenido mi marcha y me he puesto á escuchar. El grito se ha vuelto á repetir, parecido al quejido que lanzaría una muger llorosa, y en seguida ha sonado una especie de melodía fúnebre que se ha prolongado por largo espacio.

Oton se estremeció. El anciano que sintió aquel estremecimiento, adivinó sin duda el motivo que le causaba, porque se volvió hácia su hijo mayor y le dijo como si contestara á una pregunta que no se le había hecho pero que había interpretado:

— Sí, Oton, si, hijo mio, era la Madaleta, esa gigantesca peña en la cual suena prodigiosamente una lúgubre armonía como la que yo he oído, cuando va á suceder alguna gran desgracia. Es una reunion de voces chillonas como el rumor que podría dejar oír á lo lejos todo un pueblo llorando. Mi corazón se ha entristecido y, cuando el prodigio ha cesado, he vuelto á continuar mi camino con los ojos preñados de lágrimas. Un triste presentimiento me había asaltado. Pero, esto no era nada....

Y aquí el anciano estrechó aun más á sus hijos contra su corazón y su voz tomó un tinte sombrío y casi podría decirse agorero que no le era particular. Sus hijos clavaban en el rostro de su padre unos ojos azorados.

— Esto no era nada. Juzgad de mi sorpresa cuando al doblar la senda he visto la cumbre del Cúculo, cumbre fatal, coronada de nieblas más negras que el corazón del traidor D. Julian, nieblas que se enroscaban á su picacho como un turbante, como una serpiente negra de gruesos anillos se enlaza al tronco de un árbol. Entonces ya no me ha cabido duda. El prodigio estaba demasiado manifiesto, era evidente, comprensible, claro, y mi corazón se ha roto de dolor como si me lo hubiesen atravesado con un *scrama* (1). He ahí porque estoy triste, hijos míos! he ahí porque tiemblo por vosotros, por nosotros todos, por Pano. Vosotros lo sabéis, es tradición que jamás se ha desmentido. Cuando la Madaleta lanza su fúnebre armonía y el Cúculo se corona de nieblas negras como la noche....

— Una gran desgracia sucede en la montaña ó en el valle, — murmuró Oton con voz confusa acabando la idea de su padre.

(1) Pañal muy agudo de los godos.

—Una gran desgracia, tú lo has dicho. Ahora bien, será esta desgracia la destrucción de Pano?

—Padre! —dijo Feliz, — los presentimienos engañan.

—La Madaleta ha lanzado su armonía fúnebre, hijo mio.

—Y el Cúculo ha cubierto su cabeza con un turbante de nieblas, hermano, —dijo Oton.

Feliz bajó la cabeza.

—De rodillas, hijos míos, — exclamó el anciano dejándose caer de hinojos entre Oton y Feliz. — Oremos, y que el Señor nos halle prontos si acaso!

Los tres balbucearon entonces una plegaria que debió subir al cielo envuelta en las últimas luces del crepúsculo de la tarde.

Cuando se levantaron, ya las sombras inundaban el valle y Pano había desaparecido como tragada por las tinieblas.

—Oscura es la noche! —dijo Feliz ayudando á entrar á su padre en la tienda.

—Pero no tardará en asomar la luna, — contestó el viejo.

Entraron en la espaciosa tienda donde se habian ya recojido todos los futuros habitantes de Pano. Era triste ver tendidos en el duro suelo, descansando la cabeza sobre el acerado morrion que les servia de almohada, á todos aquellos hombres valientes arrojados de sus hogares por un pueblo idólatra, huésped turbulento que se convirtiera en dueño, no dejándoles á ellos mas refugio ni asilo que las empinadas rocas y la soledad de los bosques. Las mugeres, abrazadas á sus hijos que temblaban estremecidos por el cierzo frio de la noche, velaban el sueño de sus esposos, derramando en silencio amargas lágrimas inspiradas por los recuerdos de su patria. Algunas antorchas colocadas de trecho en trecho alumbraban con siniestros resplandores todos aquellos rostros macilentos, postrados por las angustias de la desesperación, del dolor y del hambre.

Cerca de media noche seria cuando, como un pabellon izado repentinamente en el aire, asomó refulgente en el espacio la pálida desposada de la noche.

El anciano de los cabellos blancos, que estaba tendido en el suelo, se incorporó y tocó con su báculo á su hijo Oton que estaba tambien tendido, pero sin dormir, á pocos pasos de distancia.

Este se puso en pié y ofreció el brazo á su padre que se levantó penosamente y que salió de la tienda guiado por su hijo.

—Oton, hijo mio, estrañas ideas me asaltan, lúgubres presentimienos ruedan por mi mente prensándome el corazon.

El jóven bajó la cabeza sin contestar.

—Oton, hijo mio, sube á la torre. La luna te permitirá clavar tu mirada en lo mas profundo del valle.

Oton, sin replicar una palabra sola, dejó á su padre á la puerta del torreón recientemente fabricado y subió hasta lo mas alto. Desde allí tendió una mirada de águila sobre el valle que se estendia á sus piés y el cual cruzaba serpenteador como una línea de plata el rio Aragon.

—Qué es lo que ves, Oton? — gritó el anciano desde abajo.

—Padre, veo un cuervo negro como una maldición batir sus alas sobre el pinar que está á espaldas de la tienda.

—Oh! —murmuró el anciano. — Y qué mas ves, hijo mio?

—Aguardad; veo allá en el fondo del valle una línea blanca junto al rio. Parece como que el rio se hubiese dividido en dos ramales.

—Observa bien.

—Es estraño, padre. De en medio de esa línea blanca brotan chispas como si la luna arrancara rayos de unas láminas de plata.

—Observa mejor.

—Oh!

—Qué hay?

—Padre, padre, esa línea blanca es un ejército de moros.

—Misericordia de Dios! —gritó el anciano cayendo de rodillas.

—Sus blancos turbantes lucen á los rayos de la luna como el ramal de un rio y las chispas que brotan son las que despiden sus armas. Dios mio! es un ejército numeroso. Va introduciéndose en la garganta de la sierra como si tratára de encaminarse hácia aquí.

—Hácia aquí se encamina, hijo mio. El corazon me lo dice. Baja, baja!

Oton descendió de la torre. El anciano le recibió en sus brazos.

—Padre, —dijo el arrojado mancebo, — voy á dar el grito de alarma. Si vienen á buscarnos hasta nuestra última guarida, el combate será sangriento, nos defenderemos como leones. Pero antes de todo, — añadió el jóven cayendo de rodillas, — vuestra bendición. La bendición de un padre y de un anciano arrojan la dicha sobre la frente del que la recibe.

El anciano de los cabellos blancos puso una mano trémula sobre la cabeza del gallardo mancebo.

—Oton, —le dijo, — el momento es solemne. Dentro pocas horas ya no existiremos quizá, y nuestras almas habrán volado al seno del Dios de las misericordias, mientras que ni uno de nosotros quedará tal vez para derramar

un poco de tierra y una lágrima de dolor sobre nuestros cadáveres insepultos. Oton, hijo mio, tú eres valiente y jóven, y acaso por un milagro de Dios puedas salvarte. Si lo consigues, si el alfanje sarraceno no traspasa tu pecho como traspasará el de tu padre y el de tus hermanos, entonces, escucha mis últimas advertencias. Desprecia el lujo y la afeminacion que ha perdido á la corte de Rodrigo y que á todos nos ha envuelto en su pérdida; arroja lejos de tí la copa de oro realzada con piedras en que bebían los cortesanos, y no perfumes ni aceites tu cabello ante la plancha de plata en que se miraban las mugeres; vive para Dios y para San Juan Bautista, nuestro particular abogado, y si algun dia te sientes con fuerza en el corazon, con fuego en la sangre, con ardor en la frente, abandona el hueco de la peña en que te hayas refugiado y uno á uno habla á todos los hermanos que encuentres, uno á uno recójelos, uno á uno llévalos contigo, y morid entonces como hoy moriremos nosotros, peleando por la religion y la patria, lanzando nuestro postrer suspiro por Dios y por la libertad!

Dijo el anciano, y el jóven Oton besó su mano regándola al propio tiempo con sus lágrimas.

—Dá ahora el grito de alarma, hijo mio!

Oton se arrojó en el interior de la tienda y gritó con voz de trueno:

—Á las armas! Que se ponga en pié todo el que tenga fuerzas para manejar una espada!

Toda aquella poblacion que dormía pacífica despertó sobresaltada. Oton les enteró en breves palabras del accidente que sobrevenia. En un momento se hubieron reunido sus jefes, puéstose de acuerdo para el plan que seguir debian.

Las mugeres y ancianos quedaron como en depósito en el torreón de Pano, que era donde mejor podían abrigarse de las flechas de los moros, y los pocos hombres con quien podíase contar fueron distribuidos por las murallas comenzadas y tras las almenas que empezaban solo á mostrar sus dientes.

Colocados ya todos en sus puestos, esperaron.

Ay! No tuvieron que esperar mucho.

Invasor como torrente que de pronto arroja una peña que se abre, el pinar rasgándose, lanzó un puñado de moros sobre el claro, los cuales, dando feroces y salvajes alaridos, se adelantaron corriendo hácia aquella fortaleza en embrión, así puede llamarse, que se dibujaba ante ellos.

Recibióseles por parte de los cristianos con una nube de dardos con puntas de betun inflamado; la primera fila de sarracenos cayó como tocada por un resorte, pero los demás saltaron por encima de los cadáveres y llegaron

hasta la estacada donde multitud de flechas en compacta lluvia fueron á embotar sus puntas de acero en las rodela, tras las cuales se guarecian los moros como tras una empalizada de metal.

Pero nada bastó á calmar ni á detener su furia, como nada calma ni detiene á la jauría que se arroja hácia la presa.

Los salvajes gritos de *Alá! Alá!* se mezclaron con los ayes y lamentos de los cristianos que, mal defendidos por los débiles y aun no terminados parapetos de Pano, tuvieron bien pronto que luchar cuerpo á cuerpo con los moros, superiores en número ya que no en ánimo. La resistencia que se les opuso fué desesperada, á todo trance, sin piedad ni misericordia, porque demasiado les constaba que no la tendrían con ellos los sarracenos si la suerte les proclamaba vencedores.

Noche de horror y de luto! Allí, en aquel último altar de la religion y la patria, allí en aquel postrer baluarte de los godos, cayeron una tras otra las víctimas, sucumbiendo como buenos, pereciendo como leales, haciéndose matar al pié de la torre que guardaba á sus hijos y mugeres, tratando, ya que mas no podían, de tapiar la puerta con sus cadáveres.

En lo mas confuso de la pelea, en lo mas encarnizado de la matanza, el anciano de los cabellos blancos fué separado de sus hijos; uno de los cuales habia ya recibido una herida defendiéndole. El anciano hizo cuanto pudo, peleó mientras tuvo fuerzas, pero no tardó el alfanje de un árabe en penetrar en su corazon dejándole exánime.

Hubo un momento en que ya cesó la resistencia, ya cesó el combate; desde entonces todo fué carnicería solo. Algunos moros fueron recorriendo el campo de batalla para acabar con los heridos, mientras que otros en el interior del torreón pasaban á cuchillo á los niños y mugeres. Aquello era ya una manada de hienas cebándose en su presa. Solo les faltó á los moros beber sangre.

En seguida, para acabar con todo, para no dejar ni huella de los godos, estacadas, murallas, foso, almenas, torreones, todo fué derribado con los mismos instrumentos que habian servido para elevarlo.

Pano sucumbió, antes destruida que edificada.

El crepúsculo matutino asomaba perezoso cuando los moros se retiraron dejando allí un monton de ruinas envueltas y mezcladas con montones de cadáveres.

Una hora hacia pocas ó menos que partido habian, cuando uno de los cuerpos tendido en el foso empezó á moverse y agitarse. El aire fresco y puro de la mañana habia hallado aun acaso un germen de vida en aquel

hombre reputado cadáver por los árabes. No tardó en incorporarse. Un alfanje sarraceno habia hendido su morrion y abierto un surco sobre su frente. El golpe mas bien que la herida le hiciera caer, y de lo alto de la muralla los enemigos le habian arrojado al foso, donde fué la brisa matutina á encontrarle para disipar el sueño y el sopor que inmovil y amortajado le tenia.

Era Oton.

Levantóse bamboleándose y lleno de contusiones, miró á su alrededor y vió solo cadáveres y ruínas.

Arrastróse por entre aquellas calles de muertos queridos, tropezando con los cuerpos y resbalando en la sangre. Iba buscando el anciano de los cabellos blancos y fué para esto pasando revista á todos los cadáveres.

Debia ser atroz el espectáculo de ver á un hijo buscar á su padre muerto entre un monton de muertos hermanos!

Hallóle por fin. Vió brillar una larga cabellera blanca, signo característico de su raza, vió su rostro en el que lucía una sonrisa como si aun aquellos labios estuvieran animados. Postróse ante él y oró.

Terminada su plegaria, estendió su diestra sobre el cuerpo y pareció prestar un juramento.

En seguida cargó el cadáver sobre sus hombros, se dirigió hácia la tienda, y allí, en el sitio mismo donde la víspera habia estado sentado el anciano de los cabellos blancos despidiéndose de Pano, allí fué donde abrió una huesa y le enterró.

— Ahora le toca el turno á Feliz! — murmuró el jóven así que hubo arrojado sobre el cuerpo el último puñado de tierra.

Y se dirigió otra vez á Pano donde no tardó en hallar á Feliz con cuyo cuerpo se disponia á hacer lo propio que con el de su padre, si al acercar al suyo su rostro para darle el beso de despedida, los labios de su hermano no hubiesen dejado llegar hasta él un hálito tibio y debil. El jóven guerrero lanzó un grito de sorpresa y puso su mano sobre el corazon de Feliz.

El corazon latia.

Entonces vendó con precipitacion las heridas, fué á buscar agua con su casco en un manantial no muy lejano, rocióle con ella el rostro y, lleno de alegría y júbilo, vióle por fin abrir los ojos.

— Feliz, Feliz! hermano mio.

— Oton! — murmuró Feliz.

— Tu hermano, sí, pero no Oton. He olvidado este nombre. Ya no me llamo Oton. He hecho un voto, y desde hoy en adelante me llamaré *Voto*.

II.

LA CITA EN LA CUEVA.

Un año ha transcurrido.

Porqué siempre se ve sombría la frente de Voto, el gallardo mancebo, el cazador intrépito que aventaja al ciervo en la carrera, que lucha brazo á brazo con el oso de la montaña y que trepa á la roca mas empinada donde tiene su nido el águila, la reina de las aves?... Porqué siempre se muestran sus ojos impregnados de un tinte oscuro y melancólico?... Porqué no abandona jamás el ceño sus facciones?

Ay! es que Voto tiene un corazon que llora, que mana sangre por heridas eternamente abiertas; es que Voto sufre en silencio el oprobio y el baldon que pesa sobre su patria y ve, llorando de rabia, los templos convertidos en cuadras de caballos por los árabes, y ve, ruiendo de dolor, tremolar triunfante el pendon sarraceno desde las cumbres del Pirenne hasta las hercúleas columnas del estrecho.

Voto es buen hijo y muerde el freno que las legiones bárbaras han puesto á su patria, pero sus esfuerzos son impotentes para romper este freno.

Solo su hermano Feliz le comprende y le apoya, solo su hermano Feliz está á su lado. Los demás hijos de esa misera nacion que cayó á orillas del Guadalete, han desaparecido, habitan como ellos las breñas y los montes, están diseminados por la patria en el fondo de sus desiertos como las semillas yacen diseminadas por los campos en las entrañas de la tierra. Mas tambien, así como las semillas dan fruto, ellos lanzarán en su dia un grito de venganza.

Voto confia y espera.